

Fortalecer la educación de los hijos

Strengthening the education of children

María Eugenia Gómez Sierra

Doctora en Filosofía y Ciencias de la Educación. Profesora asociada de Didáctica de la enseñanza Religiosa en Infantil y Primaria y Profesora de Fundamentos de Teología en la Universidad Complutense de Madrid, España.

Resumen: La educación es un proceso que auxilia al niño en el desarrollo de su personalidad. No es exclusivo de un ámbito concreto, aunque sí existen agentes que contribuyen de manera específica para lograrlo y entre ellos destaca la familia. La familia es el contexto primario en el que cualquier persona crece siendo en ella valorado tal cual es, con sus posibilidades y sus deficiencias, sin que existan intereses externos que condicionen las relaciones interpersonales. El desarrollo de la personalidad es una tarea permanente que requiere de un acompañamiento fiable, donde la convivencia diaria facilite los recursos necesarios para crecer. En ella se muestran con el ejemplo los valores y los ideales que permiten a los hijos dar respuesta a las preguntas de sentido, en su interior se aprende lo bueno y lo malo y, de manera especial, se ponen los primeros cimientos de la libertad, entendida como conquista personal.

Una familia cohesionada es el mejor cauce para que, entre lazos afectivos, sea posible una colaboración mutua para lograr el desarrollo al máximo de lo que cualquier hombre está llamado a ser, hombre espiritual, hombre nuevo.

Palabras clave: crecimiento espiritual, comportamiento ético, educación moral, familia, formación integral, libertad.

Abstract: Education is a process that helps the child develop his/her personality. It is not exclusive to one domain only, although agents exist which contribute specifically to its achievement – among which is the family. The family is the primary context in which a person grows, where they are valued just as they are, with their possibilities and their limitations, without being affected by any external interests that may condition interpersonal relationships. The development of our personality is a permanent task that requires a trusted companionship, where the day-to-day sharing of our lives facilitates what is required to grow. Within this sharing we can model the values and ideals that will allow children to respond to the question of meaning. Deep within they learn how to distinguish good from evil, and especially they lay the first foundations of freedom understood as personal conquest. A united family, within the bonds of love and with mutual collaboration, is the best means to achieve the greatest development of what every human being is called to be: a spiritual person, a new person.

Keywords: spiritual growth, ethical behaviour, moral education, family, integral formation, freedom.

Cuando yo era niño hablaba como niño, pensaba como niño;
pero cuando me he hecho hombre,
me he despojado de las niñerías
(1 Cor, 13,11)

1. Introducción

El nacimiento es el gran acontecimiento de la vida que sitúa a cada ser humano en el mundo como un ser único, exclusivo e irrepetible. Cuando acontece en el seno de una familia, esta se enriquece con el don de la vida y también con la creatividad que se deriva de los dones particulares del nuevo hijo. La familia comienza como un proyecto de donación y entrega entre un hombre y una mujer, pero se constituye en plenitud con la aparición de los hijos, que modifican radicalmente la relación existente entre los dos primeros seres que establecieron el vínculo (Burgos, 2005).

Toda persona lleva en sí un potencial extraordinario que es, a la vez, don de Dios y tarea, para toda la vida (Barrio, 2010). El trabajo principal de cualquier ser humano es hacerse cada vez más persona. En esta misión la persona humana no se encuentra sola, sino que cuenta, desde el principio, con el auxilio de otras personas, especialmente de las más cercanas y por ese motivo podemos hablar de educación¹.

Educar es ayudar a cada persona a un nuevo nacimiento, que ahora no consiste en entrar en la vida, sino en iniciarse en una vida personal asumiendo el compromiso de conducirse hacia una plenitud. (Granados, 2009). La persona comienza a nacer a la vida personal cuando descubre en sus propios deseos una verdad que le trasciende, una llamada divina.

La familia es el seno nutricional en el cual se cultivan los deseos de verdad, donde se fortalecen los sentimientos y se configura la identidad personal, donde se descubre lo valioso y se aspira al máximo, teniendo como base la esperanza (Esteve, 2010).

El Papa Francisco es consciente de la influencia que la familia ejerce en esta preciosa tarea de “partero”, dando a luz nueva vida, física y espiritualmente; por eso, nos ofrece una espléndido legado en el capítulo 7 de la exhortación apostólica postsinodal *Amoris Laetitia*.

¹ El Profesor Barrio en su obra *Elementos de Antropología Pedagógica* utiliza la expresión “hombre, ser inacabado” explicándose en los siguientes términos: “El inacabamiento humano aparece como la condición más radical de posibilidad del aprendizaje. El aprendizaje no tendría sentido alguno si la conducta humana estuviera determinada *ad unum* por pautas biológicas. Mas dado que la biología no le da resuelta la vida, necesita el hombre fijar su conducta en una dirección concreta. Para ello precisa la ayuda de los demás” (Barrio, 2010, p. 115).

La sociedad actual ha creado un mundo distante, que se ha dado en llamar el mundo de la exclusión social o de los excluidos (Francisco, 2013). Como con otras realidades, la primera vez que oímos este término de exclusión resultó estridente para nuestros oídos, pero con el uso frecuente nos hemos acostumbrado a él; y ello sin reparar en las implicaciones que esto tiene para todas las personas, no solo para los marginados.

En un mundo capitaneado por el individualismo y en el cual todos sospechan del que tienen a su lado, una realidad donde preocuparse por el próximo suena casi a provocación y donde se siente con dolor lacerante la huella de la soledad originaria de la que hablaba Juan Pablo II (14 noviembre 1979) ya en los años setenta, no es el espacio ideal para que un niño pueda desarrollarse sin el cobijo de sus padres; de ahí lo significativo de hablar en estos momentos del valor de educar y fortalecer el crecimiento de los más pequeños con el acompañamiento de los padres y los hermanos.

La vida familiar es el espacio ideal para crecer y poder realizar un proceso formativo que ayude a consolidar la personalidad, a través de momentos de sufrimiento y de alegría que generen madurez. La tarea de los padres es esencial puesto que incide directamente en el desarrollo moral de los hijos, pero resulta compleja. Hoy urge reinventar nuevos métodos y nuevos recursos, para que la familia ejerza la triple tarea de *sostén*, como los rodrigones que mantienen firme al árbol tierno; de *acompañamiento* por el camino tortuoso de la vida; y de *guía*, que muestra referencias valiosas, dirección y sentido hacia dónde mirar durante el trayecto del sendero cotidiano.

2. Nuevas exigencias en la educación familiar

El Papa Francisco, a diferencia de sus dos antecesores, cuando habla de los nuevos procesos de evangelización hace referencia a la necesidad de ciertos cambios, no tanto en los métodos como habían apuntado ellos, cuanto en las etapas y los escenarios en las que las tareas del anuncio del Evangelio se llevan a cabo. Cambiar espacios y tiempos implica dar un giro en la concepción educativa, dejando a un lado las claves del éxito y de la eficacia y partiendo de otros principios más humanizadores, entre los cuales destacan, de manera relevante, las relaciones interpersonales.

El Papa habla de la necesidad imperiosa de la educación en el ser humano (Barrio, 2010), puesto que la realidad humana para ser propiamente lo que está llamada a ser necesita relacionarse con el mundo exterior para poder enriquecerse y poder tender hacia la plenitud. La persona no deja nunca de crecer porque, aunque sus capacidades orgánicas lo hagan e incluso sufran retroceso con el paso del

tiempo, no lo hacen las capacidades espirituales que tienden siempre a lo mejor (Castillejo, 1994). Por eso Francisco en *Amoris Laetitia* (261) habla de la necesidad de considerar un principio, en ocasiones ciertamente olvidado, de vital importancia en la educación y también en la formación de la vida familiar: “el tiempo es superior al espacio”. Retoma así esta idea, recogida ya en el número 222 de *Evangelii Gaudium*, donde hacía una propuesta para superar la tensión bipolar que sufre el mundo contemporáneo, abriendo así una puerta a la esperanza².

La escuela y la familia son realidades en las que se produce un desarrollo humano que debe ser acompañado sin prisa, pero sin límite. No son estos simplemente lugares donde la persona pasa su vida, sino motores que impulsan la marcha hacia una meta que no tiene fin y que llega hasta traspasar la muerte en clave de eternidad.

La familia es uno de esos escenarios que reclaman una profunda renovación. Sus fines, derivados directamente del compromiso sacramental, no han sufrido ningún cambio, pero, sin embargo, esta institución se ve amenazada por nuevos peligros más difíciles de detectar y de encauzar. Estas amenazas traen consigo miedos y desilusiones, que como advertía Benedicto XVI (2008), provocan en algunos casos deserciones de las obligaciones contraídas.

El pontífice actual ha experimentado personalmente la trascendencia que tiene la familia para la configuración de la persona. En su propia vida gozó de la experiencia de una familia humilde que le ayudó a desarrollarse como persona, y en la que encontró la clave de su opción fundamental. Esta rica vivencia le ha ayudado a descubrir la importancia de la familia, estructura primaria de socialización, para educar a los hijos y transmitirles la fe.

Las nuevas exigencias de la institución familiar en la tarea educativa se deducen de los serios peligros que rodean ahora la vida de los jóvenes y los niños, frente a los que, la sociedad y también los padres, se sienten inseguros e indefensos.

Particularmente hay que poner cuidado en las nuevas formas de comunicación y de relación interpersonal auxiliadas por medios técnicos, que ayudan al hombre y le facilitan una relación más rápida, pero a la vez ofrecen posibilidades que pueden ser negativas para la educación de los hijos. Por este motivo es importante conocer, con precisión, las nuevas exigencias que se les plantean a las familias en la educación de sus hijos.

² “Hay una tensión bipolar entre la plenitud y el límite. La plenitud provoca la voluntad de poseerlo todo, y el límite es la pared que se nos pone delante. El tiempo, ampliamente considerado, hace referencia a la plenitud como expresión del horizonte que se nos abre, y el momento es expresión del límite que se vive en un espacio acotado. Los ciudadanos viven en tensión entre la coyuntura del momento y la luz del tiempo, del horizonte mayor, de la utopía que nos abre al futuro como causa final que nos atrae” (EG, 222)

La falta de tiempo y el exceso de recursos en la sociedad distraen del esfuerzo necesario para crear un clima familiar, en el que sea posible ayudar a crecer de manera integral y en que se facilite un mundo de relaciones interpersonales sanas. Son muchos los competidores que luchan con los padres en la tarea de informar y formar, a veces, con más éxito con el que lo hacen los progenitores.

Respecto a la socialización de jóvenes y niños, de la que venimos hablando, el número 160 de *Amoris Laetitia*, plantea una exigencia que compromete la responsabilidad de los padres en la educación. Se trata de las nuevas formas de compañía de los jóvenes y los niños, formas que suponen una sorda invasión de la intimidad personal, tales como Internet, televisión, redes sociales, etc., ante las cuales es oportuna una actitud de vigilancia que evite, a la vez, el abandono por parte de los padres considerándolas como algo ajeno a ellos o la obsesión por el control de todos y cada uno de los aspectos de la vida de los hijos. Los medios de comunicación se imponen y no es posible prescindir, pero sí lo es ayudar en el acompañamiento para que se consiga una actitud crítica frente a ellos.

Los padres deben ser conscientes de la importancia de generar espacios y procesos de maduración de la libertad personal de los hijos. Una madurez que les capacite para resolver los problemas esenciales que se encuentren en el entorno, ayudándolos a un crecimiento integral y cultivando una auténtica autonomía. De ese modo el hijo logrará los elementos suficientes como para saber defenderse y así actuar con inteligencia y astucia ante la dificultad.

La educación familiar actual reclama un cambio severo en las relaciones paterno-filiales. Es preciso abandonar progresivamente el control físico a medida que crecen los hijos, pero mantener siempre un control existencial, que permita conocer las convicciones, los objetivos, los deseos y los proyectos de vida que poseen los hijos. Es importante que los padres sepan estar presentes en la ausencia, desde la distancia, generando a la vez ámbitos de autonomía y de responsabilidad, pero haciendo a sus hijos conscientes del valor que esto supone para su vida. En la educación familiar hay que promover libertades responsables que permitan a los jóvenes hacer opciones con sentido e inteligencia, haciéndoles sentirse responsables de su propia vida y de la de la comunidad.

3. Educar en y para la libertad

Educar en y para la libertad supone ayudar a la otra persona a desarrollar el máximo de sus potencialidades de acuerdo a su dignidad, convirtiéndose en “alguien” para no ser “un cualquiera” (Morales, 1970). Dignidad que proviene de su condición de ser creado a

imagen y semejanza de Dios y que le hace capaz de vivir en comunión y en comunicación con Dios y con los hombres. Este modelo de educación está en relación con el desarrollo moral de la persona, que solo llega a ser libre, única y definitivamente, cuando depende de sí misma, logrando su verdadera autonomía (Burgos, 2005).

La tarea educadora de los padres tiene como base la formación de un sujeto en cuanto a su constitución biológica y su primera socialización, pero también en cuanto a la formación de una identidad que va a ofrecer una actitud general ante el mundo y una configuración de estructura personal. La familia es el lugar de las raíces, el centro del mundo afectivo, al menos en las primeras etapas, el lugar del trabajo cotidiano y el lugar de permanencia de cada persona hasta la muerte. En esta amplia tarea realizada en el seno más configurador de la persona aparece un fuerte punto de incidencia en la educación ética y moral de los hijos.

La familia es la primera generadora de cuidados, afectos, seguridades y valores³, pero dicha tarea no es algo que se realiza sin esfuerzo ni condiciones. El primer requisito para que los padres puedan ejercer este trabajo es que lleguen a ser dignos de confianza ante sus propios hijos, de manera que les sea posible ejercer su responsabilidad educativa. Cuando los padres no tienen crédito ante los niños y jóvenes su tarea cae por tierra y es infecunda.

El primer paso para educar en y para la libertad es generar con los hijos un clima de afecto, testimonio y respeto, para que ellos sean capaces de dejarse conducir por sus progenitores y crecer así en armonía y libertad. No se trata de vivir la vida de los hijos por ellos, ni de someterles a un rígido control de vida centrado en normas sociales, sino de empezar por educar, con paciencia, su voluntad.

3.1. Educar la voluntad

La voluntad es aquella capacidad de la persona que permite la autodeterminación frente a algo o a alguien, de manera que pueda inclinarse con la acción hacia aquello que ha considerado como bueno, verdadero o bello. El profesor Juan Manuel Burgos (2005) reconoce un dinamismo voluntario-electivo que vincula libertad y voluntad, afirmando que la autodeterminación es la dimensión vertical de la libertad de la persona, en tanto en cuanto el “quiero” de esa persona revierte sobre ella misma haciéndola más profunda y elevando a la vez su ser; pero existe en este dinamismo otro aspecto referido a la

³ Morales, T. (1983). *Tesoro escondido*. Madrid: CSM. p. 138. “La familia es también cronológicamente la primera realidad temporal. Al nacer el hombre se inserta y vive sólo en ella. Las restantes estructuras profanas florecen a su sombra, viven de su savia.”

dimensión horizontal, que abarca la elección, pues siempre que un sujeto se determina se inclina hacia un “algo” concreto. Para este autor, ambos procesos deben ser cuidados en la acción educativa.

La tarea educativa de padres y maestros en esta misión de contribución al desarrollo de la voluntad del niño es insustituible. Los padres están llamados a mostrar como deseables aquellas personas, objetos materiales o situaciones hacia las que se han de inclinar como bien los hijos, haciéndoles así más cercano todo lo que es bueno. Los jóvenes necesitan ser introducidos en hábitos buenos que sin ser totalmente perfectos tiendan siempre hacia la plenitud, de forma que aspiren siempre hacia grandes ideales sin empequeñecer sus deseos.

La formación de la voluntad es una tarea ardua que requiere ánimo y paciencia para no desilusionarse ante los aparentes fracasos. Es una acción progresiva que necesita tener muy en cuenta la capacidad y la disposición de cada momento. Se trata de una acción que exige una buena relación afectiva capaz de generar diálogo e intercambio mutuo.

No se trata de forjar la voluntad de los niños a fuerza de castigos o imposiciones, sino desde el respeto y la admiración que surge de caminar juntos con las mismas inquietudes. Por eso los padres han de servirse de métodos activos e inductivos donde los niños sean los protagonistas de descubrir las normas y los valores que podrán, según su elección, convertirse en virtudes personales.

Este método requiere un fuerte compromiso por ambas partes, pues el *diálogo educativo* conlleva respeto y supone, por un lado, conocimientos y sensibilidad de los padres para comprender, aceptar y usar el lenguaje de sus hijos; y, por otro, disposición de los hijos para aceptar los esfuerzos, los aciertos y errores que provienen de sus padres.

La inducción propuesta en el método exige tener paciencia para que cada uno pueda descubrir por sí mismo, sin imposiciones externas, lo valioso. No basta con aprender a juzgar o con conocer lo que se debe hacer, sino que es necesario llevarlo a cabo, lo que implica generar una inclinación afectiva o un gusto por el bien. Los padres han de proponer metas concretas que sean alcanzables para que resulten amables a la elección y a la acción. Están llamados a mostrar a la persona en qué medida le conviene obrar el bien, para que en consecuencia el hijo sea capaz de renunciar a lo que fuera necesario.

En el desarrollo de hábitos positivos no vale conformarse con las buenas intenciones; se requieren comportamientos que acompañen los deseos. En este sentido la familia tiene que tener claro que el deseo no se convierte en virtud por la motivación o el atractivo, sino por el acto de conducta que genera un comportamiento. En ocasiones, los padres llenan a los hijos de consejos dejando la tarea educativa a medias, pues no se implican en generar comportamientos acordes. Por

más que la conciencia nos dicte un determinado juicio moral, puede tener más fuerza el poder de la realidad, que ejerce atracción, que el propio deseo. Es necesario crear el gusto, la inclinación afectiva por el bien para que el niño sea capaz de renunciar a lo que no conduce a él.

Los hábitos buenos y las costumbres tienen una función positiva que permite que los valores interiorizados se vayan convirtiendo en comportamientos sanos y estables. La repetición consciente construye parte de la conciencia moral en la persona. Hoy en día la educación está oscurecida por teorías que ponen un excesivo énfasis en la motivación y en el atractivo externo como fuente de movimiento de la conducta, pero no es del todo cierto que eso funcione siempre, o, al menos para cualquier tipo de personalidad; lo que sí es cierto y avalan teorías serias como la logoterapia de Víctor Frankl es que cuando la persona tiene un ideal este es suficiente para mover a la acción (Frankl, 2013).

3.2. La educación moral

Amoris Laetitia describe la libertad como algo grandioso que se puede echar a perder (267). Se trata de una palabra mágica de la que todo el mundo habla, porque arraiga en lo profundo del corazón de todo ser humano y porque, además, es una tarea ineludible en el proceso de convertirse en persona. Bajo el nombre de libertad se encierra algo del misterio del hombre, algo que reclama independencia, apertura, autonomía, amor. Sin embargo, el ser libre requiere, en palabras de Karol Wojtyła, autodeterminación a través de la acción: “la libertad es la capacidad que tiene la persona de disponer de sí misma y de decidir su destino a través de sus acciones. Éste es el núcleo de la libertad, su estructura esencial” (Wojtyła, 1998); uno no nace libre, sino que se va haciendo progresivamente libre porque la libertad es don y tarea a la vez.

La conquista de la libertad pasa por una verdadera educación moral que pretenda suscitar principios interiores estables que muevan a obrar espontáneamente el bien. Toda una tarea que exige reflexión y revisión de vida en la forma de actuar, y para la que no está preparado el niño, que ha de realizar para ello un serio proceso formativo.

La educación familiar ha de recurrir a estrategias que, hoy en día, no tienen demasiada buena prensa en las nuevas pedagogías, centradas más en la organización de los contenidos que en el desarrollo integral de la persona. La construcción moral exige una gran variedad de medios por parte de los adultos, tales como ejemplos,

modelos, símbolos, diálogos, que pueden servir de estímulo para que los que los contemplan reconozcan un estilo de vida valioso.

En este tipo de educación es importante que impere el realismo, para que se sienta la autenticidad de las exigencias de la vida. En este sentido, las aplicaciones prácticas a realidades concretas sirven como medio para recrearse y descubrir las condiciones que se dan siempre en cualquier ser humano.

Es interesante destacar el carácter moral progresivo en la educación de los hijos, que supone recorrer un camino desde la heteronomía a la autonomía moral. Es decir, ayudar a descubrir por uno mismo el valor de la norma, el gusto por los valores y, por supuesto, la virtud. Virtud entendida como una convicción que mueve a obrar, porque se ha convertido en un principio interno y estable en el niño. Este tipo de aprendizaje, que responde a un tipo de conocimientos actitudinales se realiza por imitación, siendo precisamente el estilo de vida de los padres, enriquecido por los valores y las virtudes, la forma más significativa de transmisión.

El Concilio Vaticano II, en la constitución pastoral *Gaudium et spes* (17), ya destacaba este aspecto tan singular en la educación de los niños como camino de crecimiento interior para que “cada uno actúe según una elección consciente y libre, movido e inducido personalmente desde dentro”. No se trata de hacer de los hijos clones de sus padres, sino de despertar en ellos el sentido de la responsabilidad y el compromiso para alcanzar la verdadera libertad.

3.2.1. El valor estimulador de la autocorrección

En el desarrollo moral un aspecto de vital importancia es la capacidad del yo activo para reconocer los aciertos y los errores. Una toma de conciencia de la transcendencia de las propias acciones y de los pensamientos. Desde edades muy tempranas, entre los cinco y los seis años, el niño ya está madurativamente capacitado para cumplir con esta tarea reconociéndose como sujeto de acción y de pensamiento. Ahora bien, es necesario que un proceso educativo le ayude, no solo a caer en la cuenta de su comportamiento y de sus consecuencias, sino de la influencia que esto tiene en la sociedad y en la vida comunitaria. Es importante que se le ayude al niño a ser consciente de los daños que puede provocar, y de que debe pedir perdón, con diligencia, reparando los daños producidos.

La autocorrección es un camino educativo muy eficaz para alcanzar a comprender el error, eso sí, separándolo de la dignidad de la persona que lo comete y del esfuerzo que el niño realiza por el cambio después de su equivocación. El clima familiar es el más propicio para aprender con humildad estas estrategias que, no siendo gratas, sin embargo, ayudan al crecimiento personal, aunque el reconocimiento

de este beneficio no se aprecie de manera inmediata. Estas acciones educativas consolidan la familia, porque hacen surgir actitudes de agradecimiento entre sus miembros. Un niño corregido con amor se siente apreciado y descubre que ocupa un sitio entre los suyos, percibe que es un alguien querido por sí mismo con sus cualidades, y no por las acciones que realiza o por lo que produce.

En el dinamismo familiar hay que aprender a reconocer los errores por parte de todos los miembros, los niños por su inmadurez y los padres por su ejercicio, de manera que ayudándose mutuamente, en un clima de humildad, se pueden encaminar todos hacia la verdad.

Los padres han de enseñar a sus hijos que la libertad humana, aun siendo real y concreta, está, sin embargo, condicionada, dada su condición de criatura y su incapacidad de un conocimiento perfecto, por lo que no es extraño que en su uso se cometan errores. También es importante aprender a diferenciar entre un acto voluntario, realizado como determinación concreta de la voluntad, y un acto libre, que además de ser voluntario debe necesariamente orientarse hacia el bien y la verdad.

Hoy en día existe cierta resistencia para comprender la diferencia entre ambos tipos de actos: un acto voluntario es el que no contradice el querer de la persona, sino que se sostiene en el “yo quiero”, mientras que el acto libre lo que impide es optar por el mal exigiendo una distinción clara de dónde está el bien; por eso es importante educar con paciencia sin que se produzcan heridas en las relaciones familiares, teniendo en cuenta que los niños son incapaces de comprender completamente el sentido de la libertad, porque no poseen realismo moral.

3.2.2. El icono de los valores

Lo valioso es aquella cualidad reconocida por la persona en la realidad como un bien, como una verdad o como algo bello. Algo hacia lo que uno tiende o que considera como atractivo para él, por el beneficio que le supone a su persona. Desafortunadamente los valores no vienen escritos en nuestro código genético, sino que cada niño, en su proceso de personalización, debe ir desarrollándolos a partir de la condición natural que Dios le regaló al nacer.

La educación en valores no es un añadido a la dignidad, por el contrario, la dignidad de una persona guarda en su interior la riqueza suficiente como para dar sentido y contenido a la vida, plenamente lograda. Los valores y su educación brotan, como un manantial de nuestra propia dignidad (Urbieta, 2009), pero requieren un tiempo formativo para aprender que no todos los valores son iguales y que

nunca llegarán a descubrirse si no se ponen y se cuidan el esfuerzo, la voluntad, el trabajo, la austeridad y el respeto. En definitiva la adquisición de los valores requiere aprender a pensar, a discernir, a saber decir sí ante lo que se presenta como valioso y a decir no ante lo que se presenta como perjudicial.

Descubrir y establecer una jerarquía de valores es una necesidad en la construcción personal a la que nadie puede renunciar si pretende alcanzar una madurez humana en profundidad de pensamiento, en fuerza de voluntad y en serenidad ante la vida. Por eso, se convierte en un reto en la educación desde los primeros momentos de la vida.

Los valores se reflejan en la vida concreta de las personas y es, conviviendo con quien los reconoce y los vive, como se pueden aprender. La familia es el primer ámbito social en el que se muestran a diario comportamientos, donde se aprenden los valores y donde se generan actitudes internas ante la vida. En los primeros años, la fragilidad de la persona es tal que es oportuno ayudarle a reconocer lo que es bueno y lo que es malo, por la incapacidad para poder tomar una decisión libre. Son los padres los que en función de sus ideales muestran a sus hijos lo que ellos consideran como más valioso. Los lazos afectivos entre ambos hacen fácil esta tarea. El clima familiar en el que los niños se sienten queridos es el escenario donde se consolida un estilo de vida que configure en el futuro parte de su personalidad.

La familia es pues un contexto educativo en el que se aprende a vencer las *inclinaciones naturales*, no siempre tendentes a la humanización, y a contrarrestar las *influencias manipuladoras* de los medios de comunicación. Además en ella se descubre la importancia de hacerse preguntas de sentido que resuelven los interrogantes profundos del ser y se vence así, en parte, el misterio que acompaña a cada persona.

Los padres son a la vez fuente de afectividad, de cuidado y de seguridad, pero además, icono de valores donde cada uno puede adquirir referencias para su comportamiento sin perder nada de su originalidad, pues no existen en ella intereses ajenos que puedan condicionar.

En este ámbito se aprenden también los valores sociales y se desarrolla la persona como comunidad, es decir, como sujeto con una tarea común (*munus*), la de crecer juntos. En ella se dan relaciones cara a cara donde uno frente a otro aprende a escuchar, compartir, soportar, respetar y convivir. Cuando esta realidad no existe o es sustituida por otra, se produce un empobrecimiento y un reduccionismo de los derechos que posee el individuo.

Amoris Laetitia sirve de recordatorio para todas estas tareas que han caído en cierto desprestigio por falsas teorías, en las que se

publicita que la persona se construye sola haciendo elección entre lo que le rodea. Una falacia que evidencia la crisis de una sociedad donde lo antropológico ha pasado a un segundo plano.

4. El dinamismo del después

La “«cultura del instante» reclama una «educación para el después»”, esta afirmación, que puede resultar una bella paradoja, es hoy uno de los peligros más serios para la educación: la instantaneidad.

Los intereses del mundo globalizado, movido casi exclusivamente por la economía, han suscitado un deseo permanente de necesidades que han de calmarse de manera instantánea. Casi sin darnos cuenta todos queremos que el ordenador nos ofrezca los datos en el momento que los solicitamos, que nos contesten rápidamente a un *whatsapp* que enviamos, que nos atiendan en un supermercado o que nos llamen los primeros en una consulta médica, sin reparar en la despersonalización que esto supone para nosotros mismos, puesto que los deseos han empezado a ser el motor de nuestro comportamiento en vez de la razón, que es la que nos caracteriza como persona. El deseo es el patrón de nuestra vida y ha empezado a ser nuestro dueño, oscureciendo el señorío del que sabe encontrar fuera algo superior al deseo, el ideal.

Ante esta realidad descrita cabe preguntarse si la educación tiene alguna posibilidad de incidir en sentido contrario al de medios tan poderosos como el *marketing* o los medios de comunicación social, si no sería más fácil seguir la corriente y dejarse arrastrar por estas tendencias invasoras. En una mirada superficial puede pensarse que sí, pero sin embargo, una reflexión profunda nos lleva a volver la mirada a la familia y a todo el potencial que en ella se encierra. En el número 175 de la exhortación apostólica postsinodal que estudiamos, encontramos una clave reparadora de este efecto nefasto, la educación para el después.

Los padres están llamados a enseñar a sus hijos dos actitudes importantes para la vida que les hacen crecer en su identidad y autonomía personal: *renunciar* y *posponer*. Con la primera de ellas, el joven aprende la lección clave de que ser libre supone seleccionar lo que nos interesa de entre todo lo que existe, separar, segregar aquello que es lo mejor para su persona, lo que implica renuncia y abandono de todo lo que no es eso que se considera como valioso. El hombre no puede tener todo ni conseguir todo lo que se le ofrece o lo que se le desea. Posponer, es otra realidad bien distinta: supone saber esperar aquello que se desea venciendo los primeros gustos que vienen de los impulsos de la naturaleza, en definitiva ser hombre, señor, frente a la realidad que está fuera (AL, 275).

El dinamismo del después conlleva la paciencia y el tacto de los padres para saber comprender los momentos difíciles de los hijos y las circunstancias que puedan exigir cierta flexibilidad, pues el dominio personal supone un ejercicio constante de la voluntad. La compensación a este esfuerzo es, sin duda, la motivación que se deriva de sentirse protagonista de la propia vida y de las propias decisiones.

5. El crecimiento espiritual

La fe es un don y una tarea que el hombre vive como respuesta a un Dios que se revela invitándole a vivir en comunión con Él. El hombre lleva en su naturaleza la huella de Dios y es, por tanto, un ser religioso, pero que necesita de un desarrollo de su dimensión religiosa y de un crecimiento espiritual, que es lento y requiere de un serio acompañamiento.

La experiencia religiosa es aquella vivencia humana profunda por la cual la persona se siente envuelta por Dios e invitada por Él a una comunicación entre los dos. Crecer espiritualmente es dejarse hacer por el Espíritu que transforma la vida, y permite vivir como hombre nuevo. Para que esta realidad sea posible es necesario que el niño tenga una educación religiosa que le permita conocer el universo religioso y su expresión cultural, así como la fuerza de la fe, hecha vida en obras y palabras, de los que le rodean.

Los padres son los primeros responsables en la transmisión de la fe, pues es su estilo de vida el cauce más visible para mostrar su hermosura y el valor de servir al prójimo.

Un ambiente familiar en el que se visualiza la cercanía de Dios en los acontecimientos de la vida cotidiana, en el que se reza y se pone la confianza en Dios que salva en todo lo que sucede, es el lugar más idóneo para que el niño conozca el amor que Dios le tiene y su propuesta para vivir una vida en plenitud.

Es cierto que la fe es una decisión libre de la persona de responder a la invitación divina, pero también lo es que el testimonio de una persona que se siente feliz por su creencia sirve de motivo para los que se encuentran a su alrededor. Esta es precisamente la tarea de la familia en la transmisión de la fe donde los padres, con su estilo de vida creyente, son los primeros impulsores de la fe de sus descendientes.

6. Conclusión

Fortalecer la educación de los hijos es un gozo y una tarea. Un gozo que permite ver en los hijos el crecimiento de su persona y disfrutar con las aportaciones creativas que ellos hacen al mundo en el que viven. Supone sentir la proyección de la propia vida en otra, la del hijo, que es autónoma, por supuesto, pero que es reflejo no solo genético de su ser. El hombre es un ser histórico que lleva en su ser la raíz profunda de los progenitores.

Pero es, a la vez, un esfuerzo que supone sacrificio y paciencia para acompañar sin invadir, pero ejerciendo influencia en el nuevo ser. Educar conlleva ayudar a sacar hacia fuera las mejores de las posibilidades que los hijos llevan en su naturaleza y tender la mano para que, apoyada una sobre otra, puedan vencer las resistencias que se derivan de los cambios e inseguridades que supone el desarrollo personal.

Fortalecer implica dar fuerza y prestar al otro lo que le falta por su inmadurez y su indigencia, sin ensombrecer los dones que la acción creadora de Dios puso en el hijo. Supone engendrar y co-crear una nueva vida que es por naturaleza creativa, única y exclusiva por designio divino.

Bibliografía

- BARRIO, J. M. (2010). *Elementos de Antropología Pedagógica*. Madrid: Rialp.
- BENEDICTO XVI. *Mensaje a la diócesis de Roma sobre la tarea urgente de la educación*, 21 de enero de 2008.
- BURGOS, J. M. (2005). *Antropología: una guía para la existencia*. Madrid: Palabra.
- CASTILLEJO, J. L; VÁZQUEZ, G; COLOM, A; SARRAMONA, J. (1994). *Teoría de la Educación*. Madrid: Taurus.
- ESTEVE, J. M. (2010). *Educar: un compromiso con la memoria*. Barcelona: Octaedro.
- FRANKL, V. (2013). *El hombre en busca de sentido*. Barcelona: Herder.
- GRANADOS, J., GRANADOS, J.A. (2009). *La alianza educativa. Introducción al arte de vivir*. Burgos: Monte Carmelo.
- JUAN PABLO II. *Audiencia general. También a través de la comunión de las personas el hombre es imagen de Dios*. (14 de noviembre de 1979).
- FRANCISCO (2013). *Evangelii Gaudium*.
- FRANCISCO (2016). *Amoris Laetitia*.
- MORALES, T. (1970). *Coloquio familiar*. Valladolid: CSM.
- WOJTYLA (1998). *Persona y acción*. Madrid: Palabra.